

VÍCTOR SÁNCHEZ DE ZAVALA: EL AMPARO DEL PENSAMIENTO

Como en tantas ocasiones en que se retiraba discretamente para ponerse a trabajar, Víctor Sánchez de Zavala se marchó de improviso, tal vez buscando un libro de poesía, en el anochecer del miércoles 30 de octubre de 1996. Su muerte fue un accidente inoportuno; su vida —en la que seguramente «fue quien quiso ser» (Pessoa)— tuvo, en cambio, plena sustancia, perspicacia, modestia y oportunidad.

En realidad, según lo concebíamos quienes habíamos sido sus amigos-discípulos de tantos años, Víctor era intemporal: puesto que estaba y había estado siempre antes y después de nosotros, ya que la desesperanza no le cabía en el corazón, venía a ser por definición imprecadero y había conseguido formar parte del oxígeno que respirábamos. Insólito (raro o excéntrico para algunos), alertísimo siempre, dotado de un agudo sensor para detectar la necesidad y el engolamiento [como le gustaba decir: «hasta (alcanzar) el salpullido»], dueño de un rechazo casi orgánico al homenaje o la adulación convencionales, resultaba así muy ajeno al canon del académico sociológico. Era uno de aquellos inusuales y casi literarios seres que sin alardes, sin asomo de ofuscación, por pura certeza y libre juicio, conseguía mantenerse al margen de las concesiones que todos hacemos a los «minúsculos intereses académicos o personales» [*Indagaciones Praxiológicas*: p. 51]; distanciado, pues, de los grupos caciques organizados para la captación de clientes, apartado de lo que para no pocos constituye la sal de su vida. Cierto es también que, siendo severo respecto de cuestiones en las que se ponían en juego el buen hacer y la equidad, era sin embargo permisivo con los defectos humanos y nunca pude verle resaca de rencores mal asimilados.

En el trabajo intelectual parecía aspirar sólo a dos cosas: entender aquello que estudiaba todo lo más que fuera posible, avanzar

sustancialmente en la explicación de la actividad humana del lenguaje, para disfrutar contándolo luego en elaborado, frondoso y a veces hasta despiadado estilo. Y aspiraba también a ser oído —criticado si así debía ser— por quienes como él querían entrar con pie propio en el meollo de los grandes problemas para tratarlos con finura y explicitud. En lo personal buscó incansablemente el amor (el amor de las mujeres en particular) y quiso tocar la intimidad de las obras pequeñas y hermosas, las que sólo pueden verse con lupa minimalista: bastantes versos, la novela y el cuento donde siempre hacía hallazgos inesperados, la música no grandilocuente, los paisajes agrestes y solitarios. Tuvo una inmensa confianza en la razón y fue también sensible a la política en tanto en cuanto ésta pudiese servir para desprendernos de la injusticia y del horror (una de las dedicatorias de su libro póstumo: «a las víctimas de ETA», así lo atestigua).

No mucho tiempo antes de morir, en uno de esos días en que llamaba exultante porque creía haber resuelto algún problema al que venía dándole largas vueltas (o había encontrado al fin el instrumento que podía dar razón de la propiedad que lo tuviese perturbado), se definió a sí mismo como un minero afortunado: alguien que hurga denodadamente en medio de masas de tierra y tiene la posibilidad de encontrarse de pronto con un diamante. He descubierto luego, gracias a una pista y un libro que me dio María Dolores Avia, que fue Balzac quien habló del artista en lucha por alcanzar «los más exquisitos detalles de perfección y acabado» como la lucha de «un minero sepultado por corrimiento de tierra». He sabido también que Robert L. Stevenson (*Ensayos literarios*, 1983) caracterizaba la vida del artista como «un esfuerzo constante» donde no puede haber ni descanso ni sentido de *así es suficiente*.

Tal vez la imagen de ese minero-artista para el que su obra no está nunca acabada, y para quien no existe la conformidad, sea una buena apoyatura para hacer un recorrido necesariamente leve por la vida de Víctor Sánchez de Zavala. Porque, en efecto, Sánchez de Zavala cruzó puentes, atravesó túneles y cambió de territorios —como todos los buenos teóricos— sin dejar jamás de perseguir un mismo proyecto: entender mejor por qué hablamos y cómo hablamos.

Para llevar a cabo ese proyecto mudó varias veces de profesión: fue ingeniero, filósofo, lingüista, psicólogo del lenguaje, psicólogo y lingüista de la cognición, todo ello junto al fin y al cabo. Fue también desliziándose por el interior de diversos paradigmas: desde Husserl, Heidegger y Bühler —desde la fenomenología y la filosofía del lenguaje—, a la lingüística generativa, y desde ella a un modelo más abarcador, el suyo propio, en el que la competencia gramatical, el módulo central del conocimiento lingüístico, se sitúa dentro de un sistema general de la actividad lingüístico-cognitivo-emocional, neutral a su vez entre la producción y la comprensión. Cambió asimismo la forma de trabajar y pasó de la discusión formal e intencional de la filosofía a la construcción de modelos, si abstractos, también empíricamente contrastables, condenados por tanto a la prueba de lo real. Pero en cualquiera de esos momentos se mantuvo fiel al doble ideal de científico-filósofo y quiso ser a la vez globalista y minimalista (minimista como a él le gustaría que dijéramos), expositor y creador, concibiendo una obra en la que conviven permanentemente la idea general y la miniatura. Por eso también, entre medias de los cuatro o cinco libros importantes en los que se condensa su teorización (volveré sobre ellos), escribió artículos gramaticales puros y duros, enseñó filosofía, psicología y pragmática, tradujo obras fundamentales de la filosofía de la ciencia (fue el mejor traductor de Popper según solía decir el propio Popper), compiló textos de investigación gramatical, de discusión interna a la teoría lingüística, sobre el lenguaje de los antropoides, y dio conferencias, dirigió tesis, habló con mucha gente de fuera y de dentro sobre sus ideas y las de los otros.

Yo lo conocí en 1969 cuando, recién llegada a España, me hablaron de un seminario de lingüística matemática en el Centro de Cálculo de la Universidad Complutense, que por entonces vicedirigía Ernesto García Camarero. El coordinador y motor de ese seminario era Víctor Sánchez de Zavala. Es difícil representar la incongruencia y la maravilla de aquel seminario en el páramo de la universidad franquista, donde —en lo que a la lingüística concierne— las mejores clases eran residuos (importantes pero acaso anticuados) de la filología pidaliana de comienzos de siglo, y el resto intentos aislados de apropiación tardía del ya desfalleciente estructuralismo, que en España venía a ser novedad y que, como casi todo por aquellos años, se articulaba acrítica y dogmáticamente —salvo pocas y honrosas excepciones— a través de algunos mandarines que podían así presumir de modernidad. En el Seminario del Centro de Cálculo se discutía, en cambio, no la palabra de Chomsky (por básica y respetada que fuera), sino las críticas internas que, dentro del núcleo central de sus colaboradores, se hacían al modelo que luego denominaríamos clásico (*Aspects of the theory of syntax*, 1965); se comentaban tesis doctorales del MIT, artículos inéditos y, en todo caso, siempre investigaciones muy recientes; y si por milagro pasaba un extranjero se le invitaba de inmediato a presentar sus investigaciones en curso. Nos parece hoy que un seminario activo no puede proceder de otro modo; en aquellos años, sin embargo, era una isla de trabajo a la manera de la ciencia moderna en medio de la mayor desolación. Conviene recordar, empero, que la ruptura de Sánchez de Zavala con los patrones del conocimiento oficial de aquella lúgubre España había comenzado muchos años antes, a mediados de los años cuarenta, en la legendaria «Universidad libre de Gambrinus», un foro de discusión científica y filosófica localizado en el café de este nombre al que asistían otros jóvenes notables como Miguel Sánchez-Mazas, José María Valverde o Francisco Pérez Navarro. Y había seguido luego en un largo proceso de autoformación que se modela en la lectura y anotación cuidadosa de toda

la producción filosófica de aquellos años, unida a una ingente labor de traducción que supone, por ejemplo, crear para el mundo hispano el vocabulario de la filosofía de la ciencia (recordemos su *falsar*) y el de la lingüística teórica (*indicadores sintagmáticos, inlocutivo, transformatorio*). Clave en esa autoformación es el debate intenso —amistoso y ácido a la vez— con otros contemporáneos eminentes como Rafael Sánchez Ferlosio, Manuel Sacristán o Carmen Martín Gaité. Esencial en la conformación de su entidad de intelectual radicalmente moderno es la capacidad de transitar en la huella de los verdaderos ejemplos: la lucidez de Ortega, la serenamente cáustica crítica de Aranguren. La historia y la sociología de la cultura española anterior a la democracia, cuando se hagan, deberán reconocer todos estos lugares como esenciales para los desarrollos que luego vendrán, y hacer justicia a estos llaneros solitarios.

Pero no es esa historia sociouniversitaria lo que aquí importa, sino lo que Sánchez de Zavala empieza a transmitir hacia 1970, cuando inicia su etapa de salida hacia el mundo a través de la enseñanza y la escritura. Advirtió, ante todo, como muy atinadamente señalaban Juan Delval y Carlos Píera en su nota necrológica del 4 de noviembre [*El País*], que algo trascendente había ocurrido en el seno de la ciencia lingüística y que tras *Syntactic Structures* nada volvería a ser igual en el estudio del lenguaje. Nos indicó la importancia de mirar hacia afuera e intentar entender cuáles eran los problemas claves de cada momento. Nos enseñó a leer suponiendo en todo caso que también de las críticas a lo que admirábamos —y tal vez sólo de ellas— iba a salir la luz [el verso de un poeta que él me dio a conocer, Santiago Sylvester, le hubiera parecido atinado: «... las certezas suenan más verdaderas entre signos de interrogación» (*Revista de Occidente*, 186, 1996)]. Nos mostró, con la autoridad de su mero hacer, que se pueden combinar saberes diversos en explicaciones profundas y que, por tanto, las humanidades no eran marginales a la manera de proceder de la ciencia natural.

La exégesis y el examen de las perspectivas y límites de la gramática generativa que realiza en la Introducción a su monumental compilación *Semántica y sintaxis en la lingüística transformativa* (Alianza, 1974 y 1976) resultan sorprendentes por anticipatorias cuando se releen más de veinte años después. A más que admiración mueven también las detenidas y minuciosas críticas a la semántica estructural coseriana expuestas en el inusual *Funcionalismo estructural y generativismo* (Alianza, 1982), y en el capítulo casi libro sobre «Qué es y qué debe ser la semántica estructural» incluido en *Hacia una epistemología del lenguaje* (Alianza, 1972). Por los años setenta, pues, Sánchez de Zavala quería traer a la lingüística española un debate crítico similar al que tenía lugar en el mundo anglosajón, donde una reseña como la de Chomsky a la obra de Skinner *Verbal behavior* podía ser suficiente para que buena parte de los investigadores aceptasen serenamente la extinción natural de un sistema que se mostraba débil para caracterizar lo que quería caracterizar. Pretendía también proporcionar los materiales y los elementos de juicio para que el trabajo lingüístico se realizase en estado de permanente examen de fundamentos y, por qué no, de aceptación de la crisis de ellos cuando así fuera; no otro sentido tiene publicar comentarios y seleccionados los textos centrales del debate sobre la semántica generativa y la semántica interpretativa, tan en boga a finales de los sesenta y comienzos de los setenta. (Ni que decir tiene que tan descomunales y generosos esfuerzos echaron semillas, en buena medida, en un terreno baldío: no existía —y apenas existe ahora— la discusión crítica y se continúa pensando que mostrar al colega los errores en su trabajo es una afrenta personal y no un deber académico.)

Las obras que he mencionado, aunque sin duda no recibieron la atención que debían entre los lingüistas locales (en otras galaxias hubieran movido los cimientos de la investigación lingüística), siguen estando sin embargo plenamente vivas; sólo una persona de una gran clarividencia podía asentar tan claramente las cuestiones en que el modelo

clásico flaqueaba y anticipar casi al pie de la letra lo que iba a suceder años después.

Con el mismo rigor y fuerza explicativa con que formuló los debates centrales de la teoría lingüística iba a sacar a la luz muchos años después las entretelas de la más reciente ciencia cognitiva. Sánchez de Zavala entendió muy bien, en efecto, la discusión entre modularistas y constructivistas y podía plantear con nitidez el estado actual del conocimiento acerca de las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento. No quiero ser hiperbólica, pero tampoco es éste un lugar donde asumir en exceso la humildad ajena: pocos estudiosos pueden presumir de haber conocido con familiaridad de experto la gramática generativa, la pragmática cognitiva, los diversos modelos de la lógica, el constructivismo o la teoría de la mente, siendo a la vez capaz de relacionarlos con Husserl, Bühler o el segundo Wittgenstein.

En aquella caudalosa etapa de los setenta publica un libro en el que expone la primera versión de la teoría pragmática en la que iba a ocuparse por el resto de su vida; me refiero a sus *Indagaciones praxiológicas* de 1973 (Siglo XXI), algunas de cuyas elaboraciones se perfilarán de nuevo en su magnífico artículo de 1994 «Prolegómenos a una posible teoría pragmática (modesta)» en los *Ensayos sobre la palabra y el pensamiento*. Esta teoría recibirá su versión definitiva en su libro póstumo: *Hacia una pragmática psicológica* (Visor), escrito en el segundo momento también caudaloso de su vida, los años más ricos de imaginación y tal vez los más felices, en los que se mueve entre la Universidad del País Vasco, Barcelona y luego Madrid. La pragmática general que nos deja planteada se propone superar la primacía de lo intelectual que

caracterizaba a las teorías anteriores e intenta modelizar el momento irreflexivo de suscitación del acto lingüístico, una parte más de las actividades humanas. Es una propuesta singular y de excelente capacidad predictiva; si somos capaces de meternos en sus múltiples y a veces crípticas directrices y prestarle la atención que merece, seguramente entenderemos y explicaremos mejor los hechos del lenguaje. Porque bueno, decía antes que no era demasiado injusto considerar a Sánchez de Zavala como un ser algo excéntrico; me parece más preciso suponer ahora que le gustaba sorprender, y dar trabajo y mucho juego a la imaginación interpretativa de los demás. Por eso podía presentarse ante la puerta de un discreto piso pequeño burgués vestido con sombrero de explorador, shorts y bastón de arriero en una vulgar mañana de invierno en que simplemente había quedado en ir a dar un paseo en coche; o comprarse el mejor piano de cola cuando se trataba de empezar a dar los primeros pasos en el aprendizaje del piano a los cincuenta y cinco años. En fin.

Podría cerrar esta evocación, tarea siempre difícil, con unas palabras que le gustaban, en el «Ahora suena la despedida...» de Paul Klee (*Poemas*, 1995), y decir, pues, que «se fortaleció en soledad...» y que «el pensamiento [fue] su amparo», su estancia natural, el lugar de realización de la pasión. Prefiero, en cambio, que lo recordemos siempre inquisitivo, discutiendo apasionadamente *Profundo carmesí*, disfrutando con una frase de Ravel o comprándose todos los libros del mundo.

Violeta Demonte